



"quedarán ciento setenta mil madres para socorrer"

nantes y maestros el poder aplicar los mejores y más expeditivos métodos para gobernar sin oposición y para enseñar sin huelgas.

Claro; como dijo un gran economista, creo que sueco, cuando un genio encuen-

tra la solución de un arduo problema, lo toman por insano o por cronista del explorador Gulliver. O, como dijo un novelista armenio del siglo XIV, cuando todo está maduro para una cosecha abundante, cae una granizada y arrasa la huerta.

¿QUE ES ENSEÑAR LITERATURA?

ASI TODO PROFESOR de literatura al comenzar el curso ante la atención expectante de un grupo de jóvenes que le miran y escuchan, unos llenos de curiosidad e interés y otros con indefinible hermetismo se habrá hecho alguna vez esta pregunta. Y más de uno, sinceramente preocupado por la responsabilidad y trascendencia de su misión, irá más lejos añadiendo esta otra reflexión: pero... ¿se puede enseñar literatura?

Dichas preguntas surgen con fuerza al comparar la literatura con otras disciplinas de estudio. En una clase de física, por ejemplo, el problema desaparece. La materia a estudiar es algo concreto. El alumno desconoce una serie de hechos, fenómenos, leyes y relaciones que debe aprender en el curso. El aprendizaje de todo ello es un proceso claro, definido y limitado. Cuando el libro de texto no basta el profesor se limita a explicar el tema con más amplitud o más claridad hasta hacerlo comprensible. En este caso aprender es comprender en su sentido elemental, y la comprensión no es más que la aprehensión de hechos, leyes y relaciones previamente establecidos y en cierta forma inmutables. Incluso cuando se trata de hipótesis dicha aprehensión tiene las mismas características que el estudio de una ley ya establecida y demostrada. Ocurre lo mismo con el estudio de cualquier otra ciencia. Por eso la enseñanza de estas materias no presenta grandes problemas.

Pero cuando se habla de literatura, el significado del verbo enseñar es muy distinto. Porque no se trata esencialmente de impartir conocimientos o de la comunicación de conceptos intelectuales de existencia previa y clara que hablan directamente a la razón. Se trata de algo más y de mayor trascendencia en la total formación del individuo.

Se habla ahora mucho de crisis de la educación, pero en algunos países como Estados Unidos existe la marcada tendencia de concretar dicha crisis a los es-

Por Marcelino C. PEÑUELAS

tudios científicos lo cual es un evidente y peligroso error de perspectiva. Ello es debido a que los problemas planteados por los satélites rusos y la carrera de armamentos, en sus repercusiones inmediatas, son de carácter científico. Pero el tronco o base de la educación ha sido siempre, es y continuará siendo, ese proteico conjunto de disciplinas que se conocen con el nombre vago y general de letras o humanidades. Y la única forma de abrirse camino, de recibir algo de luz aunque sea cambiante y difusa en el doloroso proceso de intentar comprender y sentir las aspiraciones, conquistas y fracasos humanos es mediante el contacto de nuestra mente y espíritu con un Shakespeare, un Cervantes, un Dostoiewsky, un Tolybee o incluso un Einstein. Con una apreciación muy superficial del problema educativo el estudio de las ciencias ha sido



orientado en algunos países y sobre todo en Estados Unidos como si se tratase de una serie de ramas aisladas, suficientes por sí mismas y con raíces propias. Las consecuencias son evidentes. Un típico ingeniero o técnico, producto de este sistema, muy rara vez podrá llegar a ser un hombre culto aunque haya cursado varios años en la universidad. En este caso el apelativo científico que en su sentido más alto entraña esa educación superior resulta presuntuoso.

Es decir que la formación de hombres completos, objetivo necesario de cualquier sistema educativo, ha de partir de una base común de sólidos estudios humanísticos. Es conveniente repetirlo porque mucha gente se olvida frecuentemente de ello. Y para conseguirlo no hay otro medio que la lectura selecta e intensa de los libros que los siglos han ido seleccionando por contener, destiladas, las esencias culturales y humanas; por encima de fechas, fronteras y de deficiencias exteriores y accesorias. Así la importancia de la literatura, en su más amplio sentido, es evidente y no necesitaría panegíricos si no hubiera quien irresponsablemente saca estas cosas de quicio. Y todo lo relativo a su enseñanza deberá por tanto figurar en lugar destacado siempre que se hable del proceso educativo total.

El primer paso, y problema importante, es el de la enseñanza de la lectura. Aprender a leer; a leer bien, se entiende. Porque mucha gente, valga el lugar común, no sabe leer aunque sea capaz de leer. Y también en este sentido se puede llamar analfabeto no sólo a quien no ha recibido la instrucción elemental en el arte de la lectura, sino también al que, sabiendo leer, no lee. El resultado es el mismo y tan ignorante es uno como el otro.

Por lo que la enseñanza de la literatura está íntimamente unida a la de la lectura y comienza, o deben comenzar juntas. Y ello es tan importante que cuando son separadas en los pasos iniciales, en el necesario balbuceo de letras, palabras e ideas, luego es ya muy difícil unir las de nuevo.

De aquí la extraordinaria importancia que cobran los maestros de primera y segunda enseñanza en este y en los otros aspectos de la educación. Una buena y sólida labor en los cimientos facilita y mejora todo el trabajo posterior. La selección de lecturas para niños que comienzan a leer con soltura cobra así capital importancia. Y todavía más cuando llega el momento de iniciar al muchacho en la lectura de las buenas obras literarias. Desde luego en la escuela secundaria los alumnos ya deben comenzar a leer a los grandes autores, aunque, como es natural, se les escape la mayor parte del contenido humano y literario de sus creaciones. Pero un buen maestro con entusiasmo, dedicación y competencia, puede hacer que dichas lecturas les resulten agradables y útiles en este importante y decisivo paso del proceso educativo.

Se ha discutido mucho la conveniencia y eficacia de llevar a las clases de adolescentes obras como el *Quijote* o *Macbeth*. Se ha razonado en pro y en contra, pero no cabe duda que un buen maestro puede hacerlo con éxito aunque la tarea está llena de obstáculos de todas clases. Una acertada selección previa del material acompañada de adecuada presentación y de sincero entusiasmo y amor por parte del maestro puede producir, y produce

frecuentemente, resultados sorprendentes (todo ello mucho más difícil y complejo que explicar el teorema de Pitágoras o el principio de Arquímedes por ejemplo) hasta el punto de que en buen maestro, que *inspire* a los alumnos, puede tener influencia decisiva en la orientación del joven, dejando marcada huella en sus gustos y preferencias para el resto de su vida. Frecuentísimos son los casos de jóvenes aficionados a las matemáticas o a las buenas lecturas por la simple y poderosa razón de que en la escuela secundaria tuvieron un magnífico maestro en estas materias. Y también lo contrario, muchos a quienes un mal maestro determinó que se despertara en ellos antipatía y repugnancia por la disciplina estudiada cuyas bellezas y valores eran consistentemente destruidos en clase. Entusiasmo y amor por lo enseñado y por la enseñanza, ese fuego que debe arder en el espíritu de todo maestro, además de competencia, resuelve el problema educativo de forma que las técnicas pedagógicas nunca pueden hacerlo. Claro es que dichas técnicas tienen también su relativo y secundario valor, pero últimamente se ha exagerado su importancia en algunos sistemas educativos al colocarlas en lugar preferente, por encima de todo lo demás. Esto es evidente en las escuelas públicas norteamericanas.

De suerte que el momento crítico, de mayor trascendencia para la futura formación en el campo de los estudios literarios (y en los otros también) queda localizado en esa época, indefinible exactamente, en que el alumno comienza a despertar a las ilusiones y sinsabores que lleva consigo la pubertad, principio de la madurez física mental y moral de la persona. Y esa época crítica llena de sueños y crudas realidades coincide con los años en que los jóvenes cursan la segunda enseñanza. Entonces se forman los cimientos sobre los que descansará toda esa compleja y ambiciosa fábrica de lo que se conoce con el nombre de *educación superior* o universitaria.

Desde luego al ingresar el estudiante en la universidad es ya poco menos que irremediabilmente tarde para comenzar a iniciar al joven en el fascinante y amplio campo de los estudios literarios. Esta es la frecuente situación que tienen que afrontar los profesores de literatura en las universidades. Y es peligroso en este caso orientar la clase hacia los estudiantes deficientemente preparados. Claro es que no hay que perderlos de vista pero nunca a costa de bajar el nivel de la clase. La educación universitaria ha de ser necesariamente selectiva si quiere seguir siendo *superior*.

Las consideraciones precedentes tocan el tema central de esta digresión sólo de una forma indirecta. Y es que el intento de tratar dicho tema de frente, directamente, corre el peligro de que lo esencial se nos escape de las manos. En otras palabras, el intentar someter los problemas pedagógicos de una clase de literatura a una serie de reglas sistemáticas es limitar y en cierto modo destruir las inmensas posibilidades que los estudios literarios ponen al alcance del profesor. Es mejor no intentarlo porque en la enseñanza y estudio de la literatura hay poco de ciencia y de sistema y mucho de arte y de intuición. Lo cual no quiere decir que el profesor debe llegar a clase sin una cuida-

dosa preparación y confiar sólo en la improvisación. Ni mucho menos.

Pero lo que sí se puede hacer es apuntar alguna norma de sentido negativo. Porque de toda la compleja cuestión destaca con claridad lo que *no es* literatura, lo que no tiene nada o poco que ver con la formación educativa en el amplio sentido en que los estudios literarios deben ser considerados.

Se tropieza en primer lugar con las clases que limitan dicho estudio al acopio de datos. Fechas de nacimiento y muerte de los escritores, listas de obras, fechas de su publicación, número y fechas (otra vez) de las ediciones, detalles insignificantes del argumento... Desgraciadamente es el método más socorrido y si todo ello tiene relación con la historia literaria, la excesiva insistencia en el valor de estos datos puede convertir un estudio que debe estar lleno de vida y calor humano en algo muerto. Un mínimo de estos detalles es conveniente y hasta necesario, pero solamente como complemento. Aunque ello suene a lugar común hay que re-



petirlo una y otra vez porque se abusa de este nocivo sistema, sobre todo en los célebres cursos generales que suelen tratar sólo de historia literaria. Si en estos vistazos panorámicos no se leen algunas obras significativas, al menos hay que tener siempre a mano una buena antología. Y hay muy pocas buenas de la literatura española e hispanoamericana. Sobre todo de esta última no recordamos ninguna. Hacen falta antologías generales como la excelente de la poesía española e hispanoamericana de Federico de Onís.

Verdad es que el estudiante debe desarrollar un *sentido histórico* al estudiar literatura. Pero ello es muy diferente al trabajo de recordar fechas que en la mayoría de los casos carecen de sentido en la mente del joven. Dicho sentido histórico, de capital importancia, se logra mucho mejor leyendo las obras, sobre todo unas cuantas bien seleccionadas, y alrededor de dicha lectura las fechas pueden cobrar real significado. Al principio no es conveniente insistir mucho en las fechas concretas y hablar más de épocas y de siglos. Así luego en estudios más completos las fechas exactas pueden servir para concretar y matizar actitudes, relaciones, influencias, etc.

Lo mismo se puede decir al tratar de los géneros literarios, de su desarrollo y significación; y de los datos históricos,

económicos y culturales que forman el fondo que puede dar sentido a una obra o a la actitud y alcances de un escritor. En el nivel universitario, sobre todo, ello es de gran importancia, y entonces, partiendo de la imprescindible lectura de las obras, el enseñar literatura se convierte en *hablar de literatura*. La labor del profesor en este caso, esencialmente de estímulo y guía, puede resultar muy efectiva ayudando a la ambientación del alumno y despertando su sensibilidad e intuición hasta el punto de que la obra cobre vida y sentido en el espíritu del estudiante.

Pero en el mejor de los casos el profesor tendrá que afrontar un importante problema que en esta clase de estudios es inherente a la juventud de los alumnos. Salvo muy contadas excepciones éstos preferirán la lectura de una obra ligera de aventuras o melodramática con argumentos complicados y recargados al *Quijote* o a cualquiera de las obras maestras. Y no hay que extrañarse ni hacer aspavientos ante ello. Es perfectamente normal y natural. En un joven suele haber más imaginación que reflexión. El placer e inefables sensaciones que las obras maestras pueden despertar en el lector requieren cierta madurez intelectual y de experiencia que se logra, cuando se logra, sólo con los años. Lo leído encontrará eco en el lector solamente cuando haya en su espíritu suficiente sensibilidad, intuición y experiencia vital para vibrar al unísono. En este sentido la literatura puede ensanchar y profundizar más la concreta experiencia y sensibilidad del lector, pero nunca sustituirlas.

Entonces el profesor puede considerar que su labor produce fruto si logra que el alumno llegue a vislumbrar, aunque sea con la lejanía que sus años le permiten, algo de lo profundamente humano que dichas obras contienen. Y también parte de sus bellezas artísticas, de las descubiertas y sentidas por el profesor y de las que él por su propia cuenta puede hallar. Es bastante en ocasiones si el estudiante llega a darse cuenta que la pura acción, el argumento, es secundario. Y que en una obra literaria hay mucho más porque no es sólo la razón y la lógica elemental o que entra en funciones, sino, y ello especialmente, la intuición, la sensibilidad y el sentido estético del lector. Por eso lo único que se puede hacer en las clases de literatura es iniciar, estimular y orientar al joven. Los estudios en este campo no pueden ni deben terminar el día de la graduación. Es un proceso que sólo comienza en la escuela y que rinde frutos y satisfacciones durante el resto de la vida. El estudiante debe saberlo y estar de ello convencido.

A pesar de los esfuerzos del maestro siempre habrá estudiantes para quienes todo ello no tiene sentido. Faltos de inteligencia y sensibilidad, además de preparación y madurez, tienen incapacidad en parte natural para apreciar, comprender y sentir lo que encierran las obras literarias de arte. Como otros la tienen para tocar el violín o aprender matemáticas. Y hay que tratar por todos los medios que algunos de éstos no lleguen a convertirse en profesores de literatura. Aunque al parecer la cosa es muy difícil de evitar...

Pero no hay que olvidar que, como dice Dámaso Alonso, las obras literarias no nacieron para ser estudiadas y analizadas sino para ser leídas y directamente in-



tuidas. Y dicho gran crítico y poeta llega a decir: "Que nadie se interponga —si es posible— entre el lector y la obra." Esto es lo ideal, naturalmente. Si la gente supiera leer y leyerá espontáneamente no existiría el problema. La realidad es muy otra y en las clases corrientes de literatura el profesor tiene que hacer mucho más que interponerse entre el estudiante y la obra porque eso presupone que el alumno la tiene en las manos y la está leyendo. El primer paso, que el joven tome el libro y lo abra, tiene que partir generalmente del maestro o del amigo. Y después necesitará con demasiada frecuencia convertirse en un humilde intermediario y apuntar, indicar, comentar, glosar el texto original. En las obras lejanas en el tiempo y en el espacio su intervención tendrá que ser más intensa necesitando aclarar también la historia del lugar, de la época y los difíciles problemas de la lengua. Y desde luego le ayudarán mucho sus conocimientos de filosofía.

Pero su labor principal, como decíamos anteriormente y dadas las circunstancias de una clase corriente de literatura, es de estímulo y guía. En términos muy generales, claro. Por eso tiene que ser en cierto modo un artista porque su éxito dependerá, además de la solidez de sus conocimientos y competencia, de su entusiasmo, imaginación, humor, vehemencia, intuición...

Quizá la cualidad más sobresaliente de todo maestro sea el entusiasmo. Lo que no se siente profundamente no se puede comunicar y aquí no caben engaños. De aquí que los mayores enemigos de una clase de literatura sean la falta de entusiasmo, la superficialidad, la frialdad de exposición y la monotonía. Hay que dirigirse con calor a la sensibilidad, a la intuición, a la emoción y a la razón de los alumnos.

Cuando se hable de poesía hay que comunicar en primer lugar la indefinible emoción que despierta lo poético. El estudio de la versificación o el sólo análisis del asunto del poema puede destruir su poesía. Incluso el único aspecto del estudio literario al que presuntuosamente se quiere calificar de "científico", el de la estilística, tampoco puede estar sujeto a reglas fijas y a normas seguras dirigidas a la razón. En este caso también el mejor camino es el de la intuición, y lo corrobora el mejor estudio que hay en español sobre esta "ciencia", el libro excepcional

de Dámaso Alonso *Poesía española. Ensayo de métodos y límites estilísticos*.

Alrededor de las anteriores consideraciones flotan la serie de reacciones complejas, vagas, inefables, que entraña la apropiada lectura de las buenas obras literarias. En ellas se está siempre al borde del misterio. Y hay que hacer lo posible para que el joven lector se acerque a la cima.

La lectura de dichas obras para ser provechosa ha de ser tensa e intensa. La rapidez puede a veces ser un obstáculo y más vale leer poco y bien, regustando, que mucho y con prisa. Por eso las clases, muy populares en Estados Unidos, en que se enseña por sistema a leer rápidamente, a la carrera con el objeto de ahorrar tiempo, son esencialmente antiliterarias. En último caso el joven que lea mucho acabará haciéndolo con más y más soltura; con una velocidad adaptada a la naturaleza de la lectura, a su poder de comprensión y a su temperamento.

Por último, al hablar de literatura en clase, se entra de lleno directa o indirectamente en el campo de la crítica literaria. En los niveles superiores la lectura de los buenos ensayos críticos es de gran valor para el alumno y para toda persona interesada en ver a los autores y a las obras bajo penetrantes y nuevos puntos de vista. Es siempre preferible leer los comentarios críticos después de la lectura de la obra, aunque ello suponga otra lectura posterior o simultánea. También es frecuente el caso de que un buen comentario crítico despierte interés por una obra que posiblemente no se hubiera leído en otras circunstancias. Pero, siempre que ello sea posible, la lectura de los trabajos de crítica debe ser posterior a la de la obra u obras, al objeto de que el lector no quede demasiado influido por los puntos de vista y actitudes del crítico y despierte prejuicios en sus apreciaciones. Sobre todo los lectores de poca experiencia se dejan llevar con facilidad y tienen excesivo respeto por las opiniones impresas.

Dos palabras sobre los tests o exámenes escritos. En el campo de las humanidades y especialmente en los estudios de literatura hay que ir con mucho cuidado con los llamados *objetivos* porque sólo miden la memoria del alumno. La excusa de que son fáciles de calificar no debe tener valor para un maestro con un mínimo de competencia. El mejor examen, que debe ser casi exclusivo en los estudios de letras o humanidades, es el desarrollo escrito de un tema más o menos general. En ellos se manifiestan los aspectos más importantes de los estudios humanísticos:

la asociación e integración de ideas y conocimiento. En los niveles más altos de los estudios literarios deben los estudiantes también escribir comentarios y trabajos sobre los libros leídos, en los cuales muestren hasta donde llega su comprensión e interpretación de los mismos, encareciendo en dichos comentarios el punto de vista personal. Por tener poca fe en la tan cacareada objetividad creemos que no se debe insistir demasiado en ella y sí en el desarrollo de puntos de vista personales. Como complemento de todo estudio los alumnos deben también formar una bibliografía todo lo más completa posible para su uso en clase o para referencia posterior.

Desde luego estas consideraciones lanzadas un poco a voleo no intentan ni pueden agotar el tema. Cada profesor tiene su sistema y por abundar mucho la vanidad en la profesión cada uno cree que el suyo es el mejor. Y quizá lo sea, aplicado por él en su clase. Por eso y por la complejidad del problema hay que repetir que no se pueden dar normas concretas y definitivas. Ello equivaldría a limitar un campo tan amplio, profundo y de infinitas posibilidades.

La preparación y personalidad del maestro son factores decisivos y mucho más importantes que las técnicas pedagógicas. El proceso educativo en este campo, sobre todo en el nivel universitario, es más bien de inefable absorción en cierto modo comparable metafóricamente a la osmosis. Y aun mejor que de osmosis se puede hablar de *contagio*. Para que en los estudiantes se despierten genuinos deseos de leer además de la clase y del profesor hace falta la influencia poderosa del ambiente. Si nadie lee en casa, libros buenos desde luego, y en la universidad fuera de las clases no se habla y discute de libros y de autores, el estímulo y motivación que se puede desprender de una clase de literatura no es suficiente para la gran mayoría de los estudiantes. Ante la falta de este estimulador ambiente se puede estrellar el esfuerzo de cualquier profesor al intentar despertar y desarrollar el interés de los alumnos. En este sentido a la formación de un ambiente propicio a las buenas lecturas deben contribuir todos los profesores de humanidades. Y los de filosofía, historia, arte, etc., pueden y deben insistir y colaborar en este aspecto y depender menos del estrecho y limitado libro de texto que incluso en el caso de que sea excelente no basta. Claro es que cuando dicho ambiente existe la situación es ideal, desaparecen la mayor parte de los problemas y la labor de una clase de literatura se simplifica y facilita.

